

HALLAZGOS ENEOLITICOS EN UBEDA

(Origen de esta ciudad)

Por Rafael Vañó Silvestre

I.—LUGAR DE LOS HALLAZGOS.

Estos hallazgos tan importantes para señalar la antigüedad de la histórica y monumental ciudad de Ubeda, fueron hechos en el centro del barrio conocido con el nombre de «El Alcázar», por haber estado situado en él el primitivo baluarte árabe ubetense, en la zona donde el paso de sucesivas generaciones fué dejando las muestras de sus artes y arquitectura, hasta llegar al siglo XVI, en el que el transcurso del tiempo se detiene, para dejar enhiesto, a flor de tierra, uno de los mejores conjuntos monumentales del Renacimiento español, cual es la actual plaza de Santa María.

En el subsuelo de uno de sus edificios, el de más modesta traza, conocido con el nombre de Emparedamiento de Sancho Iñíguez o Casa de los Abades (el nombre popular es el de Cárcel del Obispo), fundado por Mencía López de Zambrana, colindante con la iglesia colegial de Santa María de los Reales Alcázares, surgieron los hallazgos que son objeto de nuestro estudio. Este edificio, construido seguramente sobre la barbacana del antiguo Alcázar, de principios del siglo XVI, sin otros elementos decorativos en su fachada, que un tarjetón con doselete en el que aparece tallado un escudo episcopal sobre la adintelada puerta principal, una imposta corrida a la altura de primeras maderas y una cornisa en gola en el alero, ha sido cedido recientemente por el Municipio, que era su propietario, al Ministerio de Justicia, para instalar en él las dependencias judiciales que radican en

la ciudad. A esta finalidad se han encaminado las obras que actualmente se realizan en el mismo y con motivo de abrir excavaciones para cimentar, ha habido necesidad de llegar hasta profundidades de cuatro metros, pues el terreno, constituido por materiales de derribos y vertedero, ha obligado a ello y permitido encontrar, como consecuencia, una serie de niveles de residuos sedimentarios cuya cronología va desde el momento actual hasta la época eneolítica en la siguiente forma: Hasta un metro, época actual; el metro siguiente, está formado por restos de cimientos de antiguas edificaciones que por los fragmentos cerámicos aparecidos entre ellos, son posteriores al siglo XVI; sigue un metro sin indicios cronológicos, y por último, otro metro que corresponde al período de nuestro estudio por ser en él donde se han realizado los hallazgos. Es curioso observar, que, gracias a que las edificaciones posteriores, se hicieron con escasa profundidad en cimientos; el estrato neolítico se conserva bastante íntegro y además, que el terreno correspondiente a la segunda capa debió ser vertedero de alguna alfarería, por las abundantes trebedes de barro cocido que en ella aparecen, idénticas a las que aún hoy se usan en esta industria para separar unas vasijas de otras en los hornos de cocción.

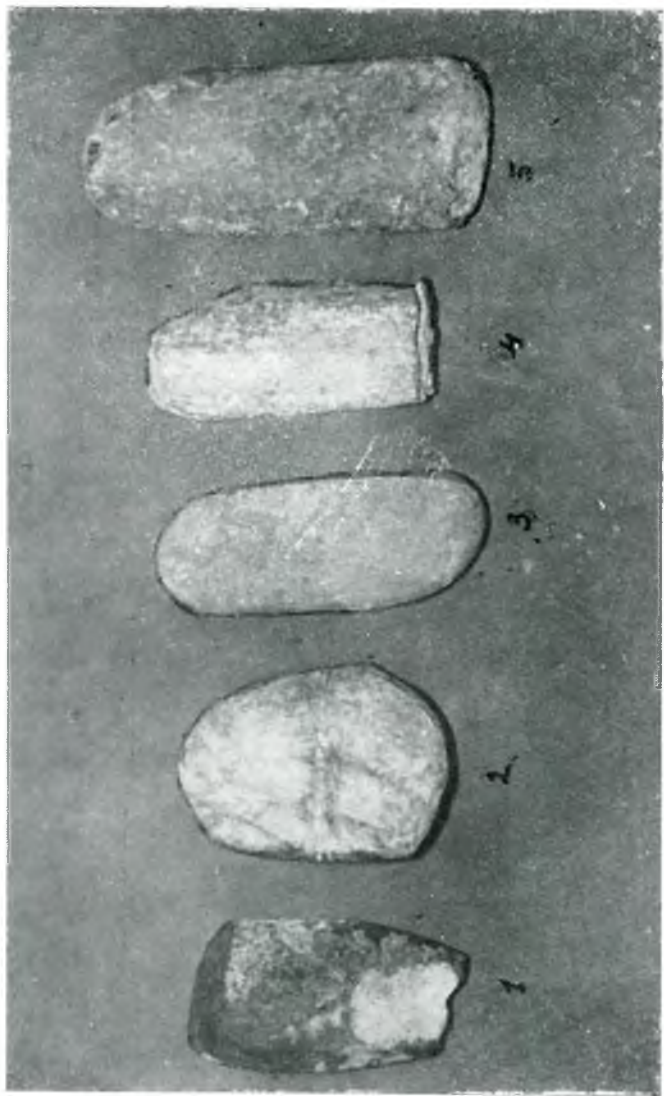
Los hallazgos los hemos encontrado en dos zonas: Una, la más próxima a la Iglesia de Santa María, en la que por haberse edificado y apoyado mucho sobre ella, las tumbas están destruidas y mezclados con escombros los restos cerámicos y humanos allí existentes y otra, más alejada, en la que por no haberse removido los estratos superiores, el interesante aparece indemne así como sus tumbas y restos cerámicos, no así los restos humanos, pues por su remota antigüedad aparecen semidestruidos y en condiciones de imposible reconstrucción o conservación.

II.—INVENTARIO DE HALLAZGOS.

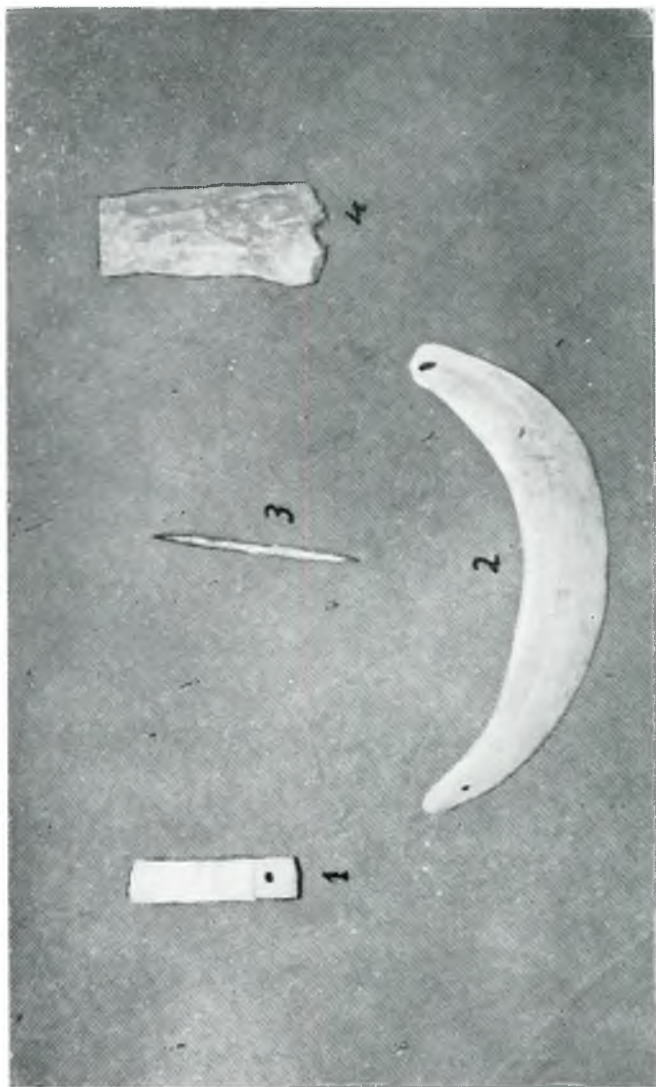
a).—*Adornos.*

Un pectoral de marfil o hueso en forma de media luna con orificios circulares en sus extremos. (Longitud, 125 mm.).

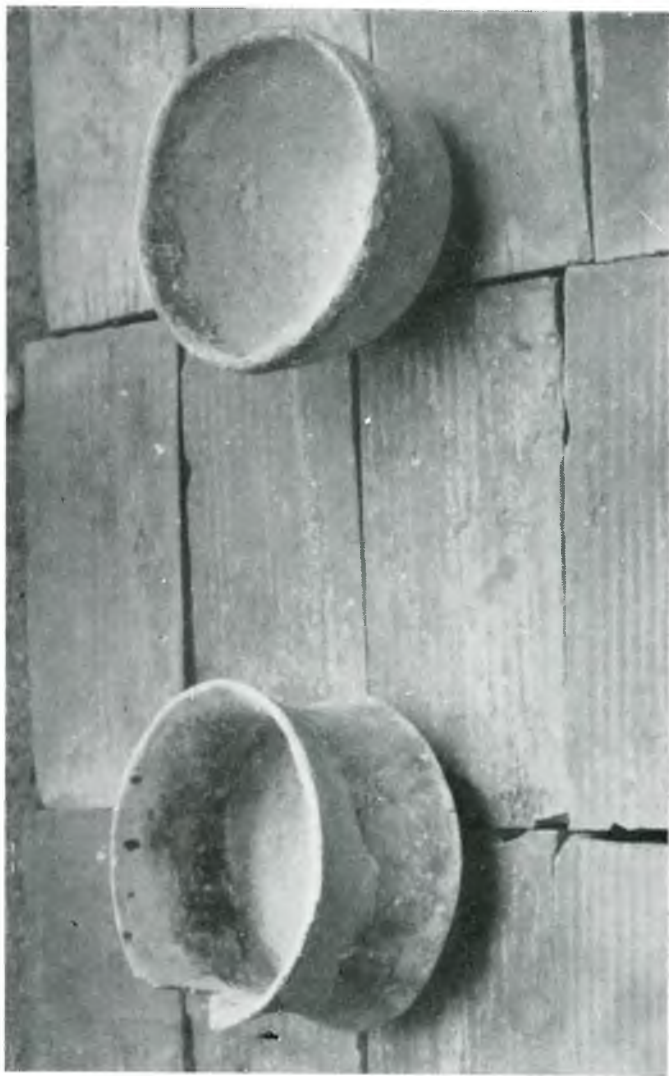
Un colgante de hueso con orificio en un extremo. (Longitud, 45 mm.).



Instrumental neolítico.—1 y 2. Hachas de piedra pulimentada. 3, 4 y 5 Cantos para pulimentar la piedra.



Adornos. 1. Colgajo. 2. Pectoral de hueso de marfil. 3. Punzón de bronce.
4. Punta de cuchillo de sílex tallado.



Vasijas que constituían el ajuar funerario de la cista anterior.



Cistas en el momento de ser abierta. Se advierten en ella las dos vasijas que constituyen su ajuar funerario.

b).—*Instrumentos.*

Un hacha de forma trapezoidal, con filo biselado por pulimento.

Un hacha de forma triangular, en piedra gris pulimentada.

Una maza de forma redondeada, en piedra gris pulimentada, con una caneladura redonda en su parte central.

Una punta de cuchillo de silex, tallado a tres caras.

Un punzón de bronce de sección cuadrada, afinado en redondo por un extremo y en cuadrado por el otro. (Longitud, 58 mm.).

Una hoja de puñal de bronce de forma triangular. (Longitud, 110 mm. por 25 mm. de ancho).

c).—*Cerámica.*

Cuatro vasos campaniformes o escocidos de 140 mm. de diámetro por 100 de altura.

Una basa de copa. (130 mm. de diámetro).

Una cabeza de copa. (160 mm. de diámetro).

Cuatro vasijas en forma de casquete esférico de distintos diámetros.

Una olla esférica, de boca más estrecha (170 mm. de alto por 100 mm. de diámetro).

Una vasija de fondo semiesférico y paredes rectas, con una incisión en forma de cruz en su parte exterior. (150 mm. de diámetro por 85 de altura).

Una vasija de paredes bajas y abombadas, hecha a torno.

Dos fragmentos de cerámica a torno con decoración incisa.

d).—*Tumbas.*

Se han descubierto cuatro cistas completas, de planta rectangular, con unas dimensiones medias de 1,10 m. de largo, por 0,50 m. de ancho y 0,40 de profundidad. Irregularmente distribuidas sobre el terreno, dos de ellas tienen sus paramentos verticales de mampostería aparejada con tierra y otras dos de losas colocadas verticalmente. En todas ellas, el fondo es de tierra y la cubierta de una o más losas de arenisca.

Los restos humanos están casi totalmente desintegrados y sólo en una de ellas se han podido recoger dos cráneos, uno humano y otro

de un perro, casi completos. En cada una de estas tumbas se encontraban como ajuar funerario dos vasijas, una escociada y otra de otro tipo. Los restantes hallazgos se han hecho fuera de las tumbas, pero en el mismo estrato de tierra que envolvía aquéllas.

III.—CRONOLOGIA Y DESCRIPCIONES.

a).—*Cerámica e instrumental.*

La variada naturaleza y características de los hallazgos, que van desde los instrumentos de piedra pulimentada a los de bronce, nos obliga a clasificarlos en dos grupos bien diferenciados. Uno propiamente neolítico y otro plenamente inserto en la cultura de El Argar, o sea, en la iniciación de la Edad del Bronce. (Tené I).

Dentro del primer grupo tenemos que incluir a los instrumentos de piedra pulimentada, los restos cerámicos con decoración incisa, y una vasija que por el material, su elaboración a torno y forma abombada de sus paredes como un tipo evolucionado de vaso campaniforme. También aparecieron junto a estos restos, los adornos de marfil o hueso.

Los hallazgos de este grupo son los más escasos, fragmentarios y de más calidad artística. Los encontramos en una especie de pequeño jokkenmodings, fuera de las tumbas, con unos cantos rodados aptos para el pulimento de la piedra.

En el segundo grupo se han de incluir todos los restantes hallazgos. Son los más abundantes y por haber aparecido en su mayoría dentro de las tumbas los más indemnes.

La identidad de estas piezas cerámicas con las vajillas del Argar, es absoluta. Nos encontramos con los vasos escociados, los casquetes esféricos y la típica copa argárica. En cambio, son de apreciar acusadas diferencias con la cerámica que hemos incluido en el primer grupo.

El barro de la cerámica que pudiéramos llamar argárica de este segundo grupo es rojizo, de mala calidad, con granillo de cuarzo y florescencia yesosas apareciendo modelado a mano. En cambio, el del grupo primero es más negro, fino, trabajado a torno, de paredes más delgadas, y la única vasija que hemos logrado reconstruir presenta una línea más elegante que el homónimo casquete esférico de la civilización posterior. Por otra parte, la cerámica del tipo argárico, es lisa, pulida a mano, y en cambio la otra presenta la clásica decoración incisa hecha con fragmentos de concha o a uña.

Tan sólo en una vasija del segundo grupo ha aparecido una inscripción consistente en dos trazos cruzados, situados en la parte exterior de la vasija, cerca del fondo. Pero esta señal es posterior a la fabricación de la vasija por cuanto según el aspecto que ofrece, da la sensación de haberse ejecutado raspando su superficie con un instrumento duro de punta aguda. Este signo aislado, más que decoración, debemos entenderlo como una señal identificadora. La autenticidad de esta vasija está fuera de duda, por haber aparecido en una tumba inviolada, junto a un vaso escociado y los correspondientes restos humanos.

b).—*Las cistas.*

Las tumbas, como antes se ha descrito, por sus dimensiones, su forma, y por la cerámica que constituía su ajuar funerario, son también argáricas. Sólo dos instrumentos de metal hemos encontrado en ellas. En una, un punzón, y en otra, una hoja de puñal o cuchillo, ambos de bronce y sin decoración alguna.

Como antes hemos dicho, las hay de dos tipos constructivos. Las losas de todas ellas son simples estratos o lascas de arenisca, recortadas, y en ellas no se advierte inscripción alguna.

Por su colocación, arbitraria, en todas direcciones, no se puede decir que respondan en su orientación a una sistemática religiosa o simbólica.

Sus dimensiones hacen suponer que el cadáver era sepultado encogido, sin poder precisar si era recostado en sentido lateral, por cuanto los restos en ellas existentes, tienen tan avanzado estado de descomposición que no permiten hacer suposición de clase alguna.

En una de ellas, junto al cráneo y demás restos humanos, se ha podido identificar un cráneo animal, lo que hace suponer que junto a su dueño, fué sepultado un animal doméstico, totem o perro fiel.

IV.—CONCLUSIONES.

De la descrita serie de hallazgos y su clasificación histórica y cronológica, podemos sacar dos tipos de conclusiones. Uno, general, relativo a la expansión y difusión dentro de la Península Ibérica de las distintas y sucesivas culturas; y otro, más concreto y especial, referente a la antigüedad y origen de la Ubeda actual, cuestión confusa y poco clara que se mueve desde la leyenda a la conjetura, sin otra base que las presunciones, por carecerse de testimonios ciertos en los que apoyarse.

a).—*Generales.*

Respecto a las primeras, sólo podemos decir que estos hallazgos confirman la extensión por esta zona de una cultura neolítica, perteneciente al núcleo de Almería, contemporánea de la del vaso campaniforme de Ciempozuelos y de la tartésica, cuya amplitud y calidad no podemos calificar con exactitud, dada la escasez de los datos que estos hallazgos nos suministran, pero que en el terreno de la hipótesis, sí nos permiten afirmar cómo hubo una población neolítica conocedora del pulimento de la piedra y del refinamiento artístico que supuso la cerámica con decoración incisa, tradición que habría de perderse con la nueva oleada mastiena, a la que ha dado su nombre en España, El Argar. Si hubo megalitos —cúpulas, antas, dolmenes—, no lo sabemos ni creo que lo sepamos nunca. Es ésta una zona sometida al influjo de todas las corrientes culturales, con gran intensidad, y cada una de ellas, arruinó y destruyó lo que había de la anterior, de forma que sus edificaciones fueron sus cimientos sobre las ruinas precedentes y aprovechando para ello los materiales de los derruidos castros y hogares, fenómeno que ha llegado hasta nuestros días, en los que ingentes cantidades de las venerables, y puede que interesantes, piedras de Bétula, se convirtieron en grava para construir el salto hidroeléctrico de Doña Aldonza.

Esto, poco más o menos, debió suceder a la llegada de la invasión mastiena, con su nueva cultura de las cistas individuales, el vaso escociano y de otros tipos, entre ellos la copa, que si elegantes en las formas, supusieron un indudable retroceso en la industria cerámica por lo rudimentario de su factura. No sabemos si hubo solución de continuidad entre el pueblo neolítico y el mastieno, pero lo que sí es cierto en esta zona ubetense, es que los restos de aquél aparecen como destruidos y enterrados por esa arquitectura funeraria de tan típico entronque argárico.

La inexistencia de cuevas donde refugiarse en esta zona que no es montañosa, hace suponer que este pueblo, cuyas tumbas hemos encontrado ahora, edificó en este sitio su castro, buscando en su emplazamiento la cima de un pequeño cerro o loma, que le permitía defenderse con relativa facilidad de las inclemencias atmosféricas y de sus posibles enemigos. En efecto, por el Sur, Este y Oeste, esta loma tiene un profundo talud que se abre sobre las primeras estribaciones del

valle del Guadalquivir, que con poca fortificación permitía la defensa y al mismo tiempo permitía recibir los vientos meridionales, más templados. En cambio por el Norte, punto de entrada de los vientos fríos, se enrasa a nivel con el terreno circundante. Una elemental estrategia defensiva, hace suponer un muro que permitiera la defensa bélica y climática. Un arroyo con aguas de buena calidad, discurría por el Oeste del castro, el actual de Santa María. Así se completaba el habitar suficiente para cubrir las elementales necesidades de sus pobladores

b).—*Los orígenes de Ubeda.*

Entramos con esta conclusión en el estudio de la más importante consecuencia de este descubrimiento en el terreno de la historia local.

Los orígenes de Ubeda como núcleo urbano, han estado hasta ahora envueltos en la simple conjetura o sospecha, hija más bien de la fantasía o de las lógicas hipótesis que las difusiones de las culturas prehistóricas en esta zona hacían suponer, pero sin apoyo en datos reales y fidedignos algunos, por lo que Juan Pasquau, en su «Biografía de Ubeda», no ha vacilado en calificar de datos de «barro incierto y quebradizo», a las opiniones existentes sobre el particular.

Pues bien, gracias a estos descubrimientos, se puede conocer, con la relativa exactitud propia de la cronología prehistórica, el momento en que Ubeda nació como núcleo urbano con carácter de permanencia y, precisamente, en el mismo emplazamiento, que luego en el cénit de su historia tendrían sus mejores palacios y sus templos más representativos. Y esta exactitud nos la han dado unos datos de «barro quebradizo» pero no «incierto», por cuanto esa nueva cronología ubetense, tiene como principal punto de apoyo una colección de vasijas de barro cocido, que en unión de otros objetos nos permiten situar la fundación de Ubeda en el período eneolítico, es decir, dos mil a dos mil quinientos años antes de Jesucristo.

Pasquau, en su citada obra, nos ofrece una síntesis de los diversos criterios sustentados sobre el origen de Ubeda.

Así aparece la tradición de una legendaria torre de Ibiut, monumento desaparecido al que todos los autores que lo mencionan le dan una antigüedad prerromana.

También cita a Moreno Tobajas y el P. Olea Montes, que guiados por la comprobada extensión en el Sur de la Península de las culturas prehistóricas hispano-saharianas, presumen lógicamente la existencia en

esta zona de una población por el siglo XX antes de J. C., pero todo ello en plan de conjetura y sin apoyo en vestigio histórico alguno, ubicando esta población en la Bétula romana, lugar situado a 12 Km. del emplazamiento actual de Ubeda y que es conocido con el nombre de «Ubeda la Vieja», donde hoy subsisten unas monumentales ruinas romanas y se descubren aún importantes hallazgos de esta época y algún que otro ibérico.

Son precisamente estas ruinas, las que han conducido a la mayoría de los autores que han tratado la cuestión, a fijar la fundación de Ubeda en aquella Bétula de emplazamiento tan alejado de la Ubeda actual, de fundación romana, y a justificar tan patente cambio de lugar, en el hecho de que en época visigoda o árabe, por circunstancias desconocidas, Bétula quedó yerma por haberse trasladado sus moradores al emplazamiento actual, dando así origen a la musulmana Ubdaza.

Los descubrimientos objeto del presente estudio, permiten sentar conclusiones definitivas, que en parte confirman y en parte destruyen las tesis anteriores.

Está fuera de duda, que existió una Bétula romana en el emplazamiento llamado hoy Ubeda la Vieja, sobre el valle del Guadalquivir. Así lo adveran las ruinas existentes y los hallazgos que se han hecho, algunos de la Edad del Bronce, lo que hace suponer que la colonia romana se fundó sobre un pueblo anterior, también eneolítico.

Simultáneamente y en el emplazamiento actual de Ubeda, hubo otro poblado, eneolítico y de la Edad del Bronce en su iniciación, que nada tiene que ver con el de Bétula, según justifica cumplidamente esta necrópolis neolítica y hallazgos recogidos en ella, por cuanto las sepulturas se hacían dentro de los poblados o a su lado en aquella civilización. Así se confirman las conjeturas de M. Tobajas y el P. Olea e incluso la tradición de la torre de Ibiut, que pudo ser un monumento megalítico de aquellos lejanos tiempos, destruidos por posteriores civilizaciones.

Ubeda, Diciembre de 1963.